

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

3.^a EPOCA.
1883.-Año VII

REDACCION Y ADMINISTRACION
Barro del Campillo, núm. 15, Granada.

Núm. 2.º
Dia 8 de Abril

SUMARIO.

La indiferencia religiosa, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Un Mar sin Puerto, novela original por id.—A una amapola, poesia por Josefa Bueno.—El hijo pródigo, novela original por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Seccion Doctrinal, por id.

LA INDIFERENCIA RELIGIOSA.

Vago crepúsculo en el cual no hay ni claras luces ni profundas oscuridades: cuadro informe en que no brilla ningun color ni se destaca figura alguna; espesa nieve que cayendo en el alma silenciosa y pausada, apaga todos los entusiasmos, enfria todos los nobles sentimientos y todas las grandes y sublimes resoluciones: pensamiento sin alas, vida sin pensamiento, sin energia y sin voluntad: marasmo de la inteligencia, indolente inercia del espíritu, es la indiferencia religiosa que por desgracia y desdicha nuestra, es á la par el distintivo de la época actual, y el lema obligado de la presente generacion.

La indiferencia religiosa es una especie de de pesada niebla, que envolviendo la razon, la empobrece y la aplan, y no la deja valor pa-

ra creer ni para negar. Es un frio egoismo, es un materialismo refinado, ante el cual se estrellan como en la dura roca las mas altas aspiraciones del corazon y de la idea.

La indiferencia religiosa, trayendo en pos de sí sus dos inseparables hermanas, la indiferencia social y política, y la indiferencia moral, no puede por menos de hacer que el hombre, trasformado en imperfecta máquina, abdique todo derecho, pero olvide todo deber, y sin deberes y sin derechos, y sin aspiraciones y sin esperanzas, la sociedad minada por su base, y carcomida en sus cimientos, vacilará, cayendo al fin, como un edificio que se derumba, no destruido por la mano del tiempo, sino arruinado por la inercia de sus culpables moradores.

La indiferencia religiosa es el gusano miserable que, oculto en las raices del frondoso árbol, le mina y le destruye, y absorbe su savia hasta que las ramas quedan secas, marchitas las hojas y sin gérmenes las semillas.

Arbol gigante y magnífico y hermoso es el árbol de la Fé Cristiana, de donde brotan cual



m. 2, enc.
tras el m. 3.

hermosas flores todas las virtudes, todas las grandezas, todas las santidades que adornan el corazón del hombre, y árbol á cuya sombra bendita se acojen todos los infortunios, se amparan todos los dolores, y se cobijan todas las almas.

Sin la Fé que alienta, sin la esperanza, hija del cielo, Colon no hubiera cruzado los mares para sacar de su seno un nuevo mundo, ni Cortés hubiera quemado sus naves al clavar el estandarte de la Cruz sobre las playas mejicanas.

Sin la Fé religiosa, la grande, la sin igual Isabel primera, no hubiera dado un eterno triunfo á las armas españolas, hundiéndose bajo el lávaro de la Cruz el imperio de la media luna, ni hubiera destocado sus sienes para añadir un nuevo florón á la corona de Castilla.

Sin la idea de Dios en el alma, y el pensamiento anegado en su luz, Murillo no hubiera sabido dar ese colorido celestial al rostro de sus vírgenes, y Miguel Angel, ese contorno y esa verdad á sus magníficas creaciones.

Sin el pensamiento de Dios, sin la inspiración de su soplo divino, Torcuato Tasso no hubiera cantado en sus versos «La Jerusalem libertada», ni Lope, ni Calderon, ni Moreto, ni Cervantes, hubieran llevado á cabo las obras que les dieron nombre, prestando también honra y brillo á su patria.

Sin la Fé, compañera bendita de la caridad, ni Juan de Dios, ni Vicente de Paul, ni Juana Jugan hubieran tendido sus manos al infortunio, ni enjugado tantas lágrimas, ni calmado tantos dolores ni abierto el ancho camino que otros siguieron después, creando asilos para el enfermo, para el huérfano, para el anciano impotente y solo.

Oh! y ¿dónde están? dónde? en medio de nuestra época actual, aquellos génios, aquellos sábios, aquellos héroes, aquellos santos?

Yo no lo adivino! nadie lo sabe!

Y es ¡ay! que no existen: es ¡ay! que la indiferencia religiosa ha venido á paralizar la fé y el valor y la lealtad y la ciencia.

Porque si buscáis anhelantes la abnegación sublime, el desprendimiento generoso que

acompaña á la caridad, vereis al hombre de hoy, al hombre dominado por la indiferencia y el egoísmo, pasar junto á su hermano moribundo y triste y sin amparo, apartando de él su mirada, recogiendo los pliegues de su traje para no contaminarse con aquella miseria, y nuevo Cain, contestar cuando le señaleis aquel infortunio. «*Estoy yo acaso encargado de mi hermano*» qué me importan sus males ni sus dolores, ni su vida».

Si al ver un imperio que cae, un trono que se derrumba, una santa institución que perece, ó un pueblo que yace oprimido, quereis buscar uno de aquellos héroes cuyo brazo poderoso fué bastante á sostener la majestad y las leyes y el derecho, el hombre de hoy, el hombre dominado por la indiferencia y la apatía y la frialdad, contestará á vuestra súplica como Neron cuando miraba caer abrasada á Roma, encojiéndose de hombros y acercando la copa del festín á sus labios.

Si al ver la moral escarnecida, la virtud ridiculizada, las creencias amenazadas, con esos libros que corren de mano en mano, como una muestra elocuente de la corrupción moderna, os sentís llenos de vergüenza y de indignación y de dolor, y preguntáis con amargura si no hay una voz honrada que se alce para protestar contra tanto absurdo.

El hombre de hoy os contestará desdeñosamente encogiéndose de hombros.

—Que me importa, yo no soy responsable de las obras de otros.

¡Ay de mí! que indiferencia tan culpable y cuantos y cuantos males está trayendo á la sociedad en pos!

¿A dónde? ¡ay de mí! á ¿dónde nos conducirá ese olvido religioso que tantos estragos á causado ya?

¿A dónde llevará á nuestros hijos? á ¿dónde arrastrará á las generaciones venideras, si la nuestra iluminada aun por el reflejo de la fé de nuestros mayores no ha sabido rechazarla, ni la ha querido combatir?

Y sin embargo, aun hay inteligencias que creen, almas que esperan, corazones que aman, espíritus que se conservan puros en medio del

aire emponzoñado que donde quiera se respira.

¡Oh! que sacudan su marasmo: que dejen su indiferencia, que salgan de su apatía, que combatan la idea materialista con la sublime idea de la divinidad. La negacion con la fé, los sofismas positivistas con las verdades reveladas.

Y ¿quién sabe! quien sabe si tomando por guía el entusiasmo y la fé, y la piedad de nuestro mayores lleguen à intentar como ellos empresas altas y gloriosas que levanten y avallen el empobrecido pendon de nuestra patria.

¡Quien sabe si con un esfuerzo poderoso aun logre ser el suelo español, como otros dias en que el sol de la fé brillaba en su cielo, centro de las creencias mas puras, de las esperanzas mas sagradas, y de las acciones mas elevadas y mas nobles! Que los corazones que aun laten, alentados por el divino calor de la idea cristiana, deshagan el hielo de la general indiferencia, que no se oculten, que luchen contra ella, que deshagan la duda con la afirmacion, las utopias con la realidad, la vacilacion con la fé, el error con la luz divina, y si no logran triunfar del mal, podrán decir á lo menos, luché por el bien, combatí por la verdad y no fuí débil ni cobarde ante la sagrada causa de la Cruz.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

UN MAR SIN PUERTO,

NOVELA ORIGINAL
DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

CONTINUACION.

CAPITULO II.

Gaspar pasó una hora todavía, velando el cadáver de Elena.

Aquél hombre era un criado muy antiguo de la casa, uno de esos criados que nacen junto á sus se-

ñores, que viven para ellos, que los aman como cosa propia, y que mezclan á su cariño, lleno de abnegacion y gratitud, una especie de veneracion, un respeto tan profundo que casi podria llamarse un culto de su corazon.

Muchos años hacia que habia entrado niño aun al servicio de los padres de Elena, y no habia tenido más afecto, más aspiracion ni más familia que el de aquella casa cuyo pan comia, y cuyo techo le cobijaba.

Sin embargo, jamás ni por un momento trató de salir de su esfera.

Habia presenciado graves sucesos, habia sido testigo de dolorosos acontecimientos, pero testigo mudo, sin opinion y sin voluntad.

Máquina viviente, que solo servia para obedecer y para amar, para amar, sí, porque apesar de su humilde apariencia, apesar de su aspecto modesto é impenetrable, en aquél pecho latia un corazon muy noble y capaz de los más grandes sacrificios.

Oh! Gaspar no se parecia en nada á los otros que prestaban allí el último servicio á aquella jóven infortunada. A Gaspar no podia vencerle el sueño porque le dominaba el sentimiento!

Mientras un sopor profundo cerraba los ojos de sus compañeros, los suyos, fijos en su malograda señora, estaban humedecidos por las lágrimas que de vez en cuando rodaban por sus mejillas, y aquella muda contemplacion le absorbía de tal manera que no le permitia medir las horas que pasaban ni cuidarse de cuanto allí le rodeaba.

Así pues trascurrió mucho tiempo.

Poco á poco los cristales del balcon que se abria en medio de aquella lujosa estancia, se fueron tiñendo de blanco y rosa.

Un murmullo lejano y alternado con largos periodos de quietud, fué percibiéndose entre el silencio prolongado de tantas horas.

La luz de los cirios empezó á palidecer, y á estrechar el círculo de la claridad que esparcian, quedándose al fin reducida á un pequeño punto rojo sin fuerza y sin brillo casi.

Era que los primeros fulgores del dia venian á deshacer las postreras sombras de aquella noche que acababa de hundirse en el abismo de la eternidad.

Gaspar de nada de esto se habia apercibido: permanecia orando ó entregado á penosas y lúgubres meditaciones.

Quizá hubiera permanecido de aquél modo mucho tiempo aun, si una voz grave y dulce á la par, no hubiera pronunciado su nombre, y una mano cariñosa posándose levemente sobre su hombro no le hubieran hecho tornar en sí.

—Ah! ¿es V. padre mio, murmuró levantándose con presteza, ¿es V. otra vez?

—Sí; respondió el recién llegado con acento suave

y melancólico, si, yo soy, he querido elevar mis últimas plegarias junto á ese cadáver, antes que le cubra la loza del sepulcro.

—Gracias, dijo Gaspar muy conmovido, gracias.

Y alejándose algunos pasos dejó su puesto al sacerdote que se arrodilló junto al féretro y elevó á Dios el pensamiento, rogando con fervor por aquél alma que habia abandonado su cárcel.

El padre Carlos era jóven, muy jóven aun. En su aspecto hermoso y simpático hasta el extremo, se reflejaba la bondad de su corazon y la rectitud de su conciencia.

Su frente espaciosa y surcada de algunas prematuras arrugas demostraba que allí, y oculto entre el velo de una sincera modestia, ardía clara y brillante la poderosa luz del pensamiento; y en su mirada dulce y melancólica se leía á veces un amargo recuerdo del pasado y una celestial esperanza para el porvenir.

Su estatura, sus modales, su aspecto, tenían una distincion tan natural, una apariencia tan noble y elevada, que en nada se parecia á las que prestan la posicion ó la cuna, sino á la que dán la santidad y el génio y la virtud.

Su oracion fué corta, pero llena de sentimiento y de fé, porque en su rostro se dejaban ver las emociones que combatian su corazon.

Era que el padre Carlos ante aquél helado cadáver pensaba no solo en el fin de las vanidades terrenas y en la eterna justicia del más allá, sino en algo que nosotros no podríamos explicar por que estaba oculto, muy oculto en el santuario de su corazon.

CAPITULO III.

Para el mejor orden de los sucesos que narramos, vamos á retroceder por algunos momentos.

Lo tarde anterior ó sea algunas horas antes de la muerte de la pobre Elena, Gaspar habia sido llamado á la antecámara que prescedia al aposento de la jóven.

Allí, y con el rostro sombrío y la fisonomia tan dura como impasible, se paseaba un hombre, tan abstraído en sus reflexiones que no reparó en la llegada de Gaspar.

Este se detuvo en la puerta sin atreverse á adelantar un paso.

Aquél hombre le imponia sin duda tanto temor como respeto.

Por una sucesion de hechos que iremos dando á conocer, Fausto de Meran, tal era el nombre de aquél silencioso personaje, habia venido á ser el dueño absoluto y el señor de aquella casa, en la cual disponia á su placer, con harto pesar de cuantos se encontraban en ella.

Gaspar pálido y contrariado le miraba inmóvil, aguardando sus órdenes, porque Fausto habia hecho sonar un momento antes la campanilla.

Aquél aposento era suntuoso como todo el resto de la casa, y estaba decorado con régia magnificencia.

En uno de sus testeros, y cubierta con pesadas colgaduras de terciopelo, se abria una puerta que daba paso al dormitorio de Elena.

De pronto por aquella puerta se dejó oír el eco de un jemido angustioso y doliente que hizo estremecer á Gaspar y le obligó á dar un paso hacia adelante.

A este ruido involuntario, Fausto alzó la cabeza y murmuró con frialdad.

—Ah! estabas ahí, Gaspar.

—Aguardaba las órdenes de V. E., respondió el criado en voz baja.

—Sí, pero ibas....

—Creí que mi señora llamaba.

—La condesa Elena solo quiere que venga un confesor.

—Como! tan mala está?

—No, pero ella lo desea y yo no me apongo á su voluntad.

—Dios mio!

—Vé pues á buscar un sacerdote, para eso te llamaba.

—Pero... la señorita...

—La señorita le aguarda con impaciencia.

—Entonces... entonces es que cree que vá á morir?

Fausto guardó silencio, y Gaspar continuó despues de un instante.

—Y mi señor... nada sabe, ¿no debíamos decirle...

—Para qué? ¿acaso el estado de su razon le permite... vamos: obedece; perdemos un tiempo inútil.

—Sí, tiene V. E. razon... voy... es ya casi de noche.

—Vé.

—El criado salió de la estancia despues de dirigir una dolorosa mirada á la puerta de la alcoba.

Oh! Gaspar hubiera dado la mitad de su vida, por poder traspasar aquél dintel.

¡Hacia ya tantos dias que no habia visto á Elena, á su amada señorita á cuyo lado habia pasado la vida, cumpliendo sus órdenes, adivinando sus deseos, satisfaciendo sus gustos y sus caprichos!

Porque él, como hemos dicho antes, habia nacido en aquella casa, allí habia crecido al lado de Elena, siendo para ella, primero un compañero de la infancia, despues un criado el más adicto y fiel.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(Continuará.)

A una Amapola silvestre.

Amapola pudorosa
La del manto cual la grana,
¿Por qué te ostentas ufana
En inculta soledad?
¿Por qué del monte á la falda
El viento mece tu tallo
Si el sol con su fuerte rallo
Te marchita sin piedad?

¿Por qué en tiesto primoroso
Y en la ciudad opulenta
Tu belleza no se ostenta
Y tu arrogancia gentil?
¿Y no luces flor preciosa
Tus deslumbrantes colores,
Envidia dando á las flores
Al aura leve de Abril?

¡Ay! murmuró la amapola
Mirándome con tristura,
Cual tú soñada ventura
Pensé en el mundo encontrar;
Mas no ambiciones hallarte
Entre su falsa opulencia,
Tal vez mi triste experiencia
Tu anhelo logre calmar.

Cuando en la alfombra que cubre
Del campo los verdes prados,
De mil auras arrullados
Y al soplo primaveral;
Nací modesta y sencilla
Espuesta al Norte bravio
Y á la inclemencia del frío
Sentí una angustia mortal.

Cuantos peligros me cercan,
Dije con acento triste
¿Por qué Dios mío quisiste
Mi belleza aquí á ocultar?
Yo soy tímida y modesta,
Y el vendaval inclemente
Tronchará mi débil frente
Dije con triste llorar.

Entonces el aquilon
Con sus invisibles alas
Agostó mis bellas galas
Y á la ciudad me llevó.
Y en un jardín muy hermoso
Que muchas flores habia
Y que la brisa mecia
Mi semilla trasladó.

Allí de hábil jardinero
Los cuidados encontré
Y hacerme reina pensé
De tan soñada mansion,
Y cifré todo mi anhelo
En hacerme mas hermosa,
Y me ostentaba orgullosa
Realizada mi ambicion

Saber quise los secretos
De aquel eden encantado,
Y al aura llamé á mi lado
Y su gemido escuché.
¡Supe tantas desventuras!
Tantos horrores Dios mío,
Tanto loco desvario
Que á mi pesar yo temblé

Y la atmósfera pesada
Que con temor aspiraba,
Y el aura que envenenaba
Á la brisa matinal.
Mustias convirtió mis hojas;
Doblé mi cáliz al suelo
Y en amargo desconsuelo
Me sorprendió el vendaval

Por eso al verme del monte
Los cien rumores gozando
Los aromas aspirando
Que lleva la noche en pos.
Bendigo aquí la natura
Que dá el mundo por palacio
Como techumbre el espacio,
Y por jardinero á Dios

Josefa Bueno.

EL HIJO PRÓDIGO.

Agnus Dei quitolis peccatamundi

Miserere nobis

I.

Movían las últimas brisas de la tarde, las escuetas y secas ramas de los arbustos sin flor.

El sol, pálido y velado á grandes intervalos por las nacientes sombras derramaba sobre la cima de los montes sus rayos sin brillo y ya casi sin color.

Algunas pardas nubes se agrupaban en el horizonte, remedando con sus vagas y caprichosas formas, ya montañas gigantes cubiertas de blanquecinos vapores; ya ciudades derruidas y circundadas por el denso humo del incendio escondido en su seno; ora hirvientes mares con olas coronadas de espuma: ora inmensos ejércitos derrotados, huyendo por llanuras desconocidas y ocultas á la mirada entre los remolinos del impalpable polvo y la infinita extension de una incalculable distancia: pero siempre avanzando todo, siempre estendiéndose por el firmamento, siempre abarcando y envolviendo entre negros jirones, el antes azul y sereno espacio.

La tierra se cubría de tristeza, mientras el cielo se cubría de sombras.

Un viento helado y penetrante se quebraba, jimiendo, en los troncos de los árboles que desnudos de ramas y de follaje se alzaban, diseminados en los llanos como fatídicos esqueletos sin sudario y sin ataúd.

El frío grieteaba la tierra; cuajaba en su cauce los arroyos que podían humedecerla y relegaba al fondo de sus nidos, de sus cavernas ó sus guaridas á las aves y á los reptiles y á los insectos y á las fieras.

Solo un hombre, en medio de tanta soledad, de tanta tristeza, de tanto abandono, aguardaba impasible la muerte del día, inmóvil y mudo y sin estremecerse y sin temblar.

De pie sobre una roca, parecía desafiar con una mirada siniestra y torba, la tempestad que se acercaba y que era á caso menos violenta en medio de su terrible majestad, que la tormenta desatada que combatía su alma.

Sobre la frente de aquel hombre se estendían nubes mas sombrías que las que arrastraban los vientos en su desorden, y de sus labios pálidos y combulsos se escapaban sonidos que solo Dios podía definir si eran gemidos ó quejas ó imprecaciones.

Altivo y soberbio y hermoso como el ángel caído,

su traje se avenía con su imponente figura, pues mientras su cabeza se ostentaba enteramente desnuda dejando flotar sueltos y abundantes los rizos de su negra cabellera, su cuerpo se envolvía en un manto, amplio y oscuro como la noche que le cercaba.

Cuando la sombra fué borrando uno á uno, primero los accidentes que el terreno formaba en las profundas hondonadas, luego en la llanura, despues en la cumbre del monte; cuando la oscuridad fué mas densa, cubriendo el espacio por completo; el desconocido se irguió mas aun, y procuró penetrar con su mirada la infinita estension que se ofrecía ante su vista.

Nada sin embargo se alcanzaba á descubrir!

¡Negro era el horizonte, negra la tierra, negro el espacio que le rodeaba!

Así pasó algun tiempo.

Mucho para la impaciencia del que aguardaba; muy poco..... nada en el reló de una existencia ó en la medida de una eternidad.

De pronto allí á lo lejos, muy á lo lejos se vió lucir un punto luminoso, semejante á una estrella perdida en medio de un cielo sin luz.

Luego otras dos ó tres le siguieron..... despues algunas mas.

En la mirada del desconocido pareció reflejarse aquel brillo!

Su frente se levantó mas altiva, una sonrisa extraña desplegó sus labios y murmuró con un acento sordo y trémulo al par.

—Sí, ellos son ¡allí estan! mañana,.... mañana me habré vengado! no quedará uno solo con vida de los que se cobijan bajo esas tiendas! la sangre y el incendio serán mi escolta de honor al apoyar mi planta sobre las ruinas de aquel campamento!

II.

El conde Mario de Sardoal, era el único heredero, y el último representante de su ilustre y nobilísima familia.

Su padre había muerto: le quedaba su madre solo!

Santa y creyente y bondadosa dama, había sembrado en el corazón de su hijo cuando era niño, la semilla de la santidad y las creencias, y la bondad de que estaba llena su alma, para que las hermosas flores de la virtud y de la fé saturasen con sus puras aromas el corazón de su hijo, cuando fuese hombre.

Pero Mario, rico y gallardo y noble, se sintió superior á cuantos le rodeaban y la dignidad se convirtió casi en orgullo en aquel alma enérgica y apasionada. Y en su mente los pensamientos se trocaban en resoluciones, y las ideas en mandatos.

Su madre tembló por el porvenir del hijo adorado

quiso poner con su ternura un dique á sus pasiones exaltadas, á su voluntad indomable y resuelta. Pero ¡ay! ¿cómo la flexible valla formada de flores, podrá contener el impetu del embravecido torrente? como el freno de lijera seda podrá sujetar al corcéel desvocado?

Imposible! mentira!

Y sin embargo, la madre no desmayó en su empeño.

Y un día, y otro día rezó por el jóven, y un día y otro día rogó al cielo que al menos le hiciese piadoso, le hiciese creyente.

Y siempre cuando por las mañanas se dirigia á la estancia de Mario, y acariciaba su frente para despertarle, al sellarla con el primer beso, la sellaba tambien con el signo de la cruz.

Y cuando por las noches sentada en torno del hogar le hablaba de sus proyectos, de sus esperanzas, de sus ensueños, mezclaba en sus palabras el recuerdo de Dios y bendecía la cabeza del jóven en su nombre sagrado.

Mario adoraba á su madre, para él aquella anciana era la personificación sublime de todo lo santo, de todo lo bello, y quizá solo por evitar una lágrima á sus ojos y un suspiro de pena á sus lábios, creía con ella y con ella rezaba, pero rezaba y creía al fin.

No se que vientos destructores, no se que desenfundadas pasiones agitaron el corazón de los hombres con el soplo de las discordias, las ambiciones y las revoluciones: pero los hermanos se alzaron contra los hermanos, y desgarraron sin piedad el seno de la madre patria.

Y los que habian visto la luz bajo el mismo cielo, y los que habian sentido su frente oreada por las mismas auras, se dividieron en distintos partidos que se destruyeron sin compasión, agrupándose bajo diversas banderas.

Mario valiente y entusiasta y atrevido, se mezcló en la lucha tambien.

Y como en aquel corazón ardiente é impetuoso no cabian á medias ni el mal ni el bien, su extravío fué mayor que ninguno, y mayor su empeño y mayor su locura, sacrificando cuanto encontraba á su paso y cuanto se oponia á su indomable voluntad de hierro, para llevar adelante y sacar victoriosa su causa.

No hubo exceso, no hubo violencia á que no se entregase por sostener la bandera á que se habia afiliado porque triunfase la idea que defendía.

Su nombre solo sembraba el terror y despertaba el odio de sus contrarios, por que á su nombre siempre iban unidos los atropellos, la desolación la sangre y la muerte.

Y como en esas terribles guerras en que se juega

el todo por el todo, la infame ley de las represalias se considera justa y leal, no quedó de la inmensa fortuna del conde Mario, ni mies en los sembrados, ni en sus propiedades piedra sobre piedra, ni oro en sus arcas, ni techo en su morada!

Todo lo perdió palmo á palmo! hasta su ilustre apellido que fué inscrito en el libro de los traidores.

La suerte habia sido contraria al partido que sustentaba, y el pendon que habia levantado estaba hecho jirones entre su propia mano.

Llegó un día en que vencido, derrotado aunque no humillado ni abatido, quiso buscar descanso de aquella fatigosa jornada, en el hogar de sus mayores.

Aquel día fué terrible y fatal!

Nada encontró de cuanto habia dejado á su partida.

Nada!

Ni aun lo que resiste á todos los vaivenes y á todas las tempestades de la vida, ¡el amor de una madre!

La suya habia muerto!

Habia muerto sola, encarcelada, pobre, privada de todo consuelo, insultada y escarnecida por los enemigos de su hijo, que habian vengado en ella las ofensas que de él recibían!

Oh! sus últimos instantes habian sido crueles!

Mario lo supo todo!

Su martirio, sus dolores, su agonía hora por hora, y aquel jóven noble, digno, entusiasta se convirtió en un ser desesperado sin casa, sin amigos, sin alma sin Dios!

Todo pereció, naufragó todo en aquella tempestad horrorosa que combatió su corazón.

De leon guerrero se trocó en tigre despiadado, de hombre en sangrienta fiera, sin mas sueño que el de la venganza ni mas afán que la destrucción.

Le habian declarado traidor y traidor quiso ser!

Le habian llamado desleal y renegó de su patria y de sus creencias, y de su fé.

Le habian arrebatado á su madre, y secó en su pecho el cáuce de la santa ternura, solo brotaron en él mares de feroz odio, y de funesta crueldad!

Solo, desdeñado, sin medios de castigar á sus enemigos sin esperar el perdón de sus faltas, porque ya no creía en los hombres, ni creía en Dios, abandonó su patria y su religion y su nombre, y fué á buscar en ajenas riberas no el consuelo, ni la paz ni la calma, sino la venganza, la venganza ciega y espantosa, única pasión á que ya dió cabida en su pecho!

Continuará

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Seccion Doctrinal.

CONTINUACION.

III.

HABLANDO CON DIOS.

—Padre nuestro, que estás en los cielos....

—Espera. Cuando dices «mamá mía,» ¿no sientes que se llena tu corazón con el cariño de este nombre? no experimentas alegría al pronunciarlo?

—¡Oh! ¡sí!

—¿Y por qué?

—Por que te quiero mucho, por que tú me das cuanto deseo, por que me acaricias si estoy enferma, por que si caigo, eres la primera que vienes á levantarme, si lloro, ó me quejo, oyes siempre mi voz y corres á consolarme: te quiero por que no hay otra más buena que tú, te quiero en fin... yo no sé por qué, pero ¡te quiero tanto!

—Bien, hija mía, bien. Ahora escucha: el primero de los mandamientos de la ley de Dios es amarle sobre todas las cosas.

—Sí.

—Luego, si yo tengo dulces, juguetes y frutas que darte, se lo debo al Señor que hace y cria todas las cosas: agradéceselo pues á Él y no á mí: si yo te acaricio cuando estás enferma, Él hace más por tí, puesto que te alivia el dolor que sientes y te da luego la salud. Él es bueno y misericordioso más que yo, más que todas las criaturas juntas, por que de Él nos viene toda bondad: piensa en estas cosas, hija mía, cuando digas «Padre nuestro» y sentirás en tu alma el mismo amor, gratitud y reverencia que sientes cuando dices «madre,» hácia ese Dios grande y omnipotente que siendo tan poderoso quiere que le llamemos «Padre nuestro.»

—Y al decirle *que estás en los cielos*, ¿que debo pensar?

—Que algun día, si eres buena, estarás tambien á su lado en ese cielo donde Él habita y donde todo es alegría, felicidad, flores y luz. Sigue pues ahora.

—*Santificado sea tu nombre...*

—Al pronunciar estas palabras, debes, hija mía, sentir en tu corazón un deseo infinito de que siempre, en todas partes y á todas horas, sea alabado y enaltecido el nombre de Jesucristo: mil veces además, habrás oído por desgracia que en calles y plazas ofenden á Dios, ya hablando de Él sin reverencia, ya mezclando su nombre con horribles blasfemias; yo quiero, Luisa, que al decir esas palabras del «Padre nuestro,» desees con toda el alma que le bendigan los que hoy le injurian, que le santifiquen los que hoy le ofenden, que los hombres todos se humillen al pronunciar el nombre de Dios.

—*Venga á nos el tu reino...*

—Sí, hija mía, sí; pídele con fervor que sea nuestro su reino, pídele que algun día le veamos en él rodeado de gloria y magestad, y libres de las miserias y los pesares de este mundo de un día.

—*Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

—Cuando pronuncias estas palabras, piensa que el Señor, que solo anhela nuestro bien, es la sabiduría eterna: que cumpliendo su voluntad, sujetándonos á sus mandatos, seríamos felices como los ángeles que le

obedecen en el cielo: que en cambio de una vida de gloria sin fin, solo quiere de nosotros un poco de humildad, un poco de sumision á su divina ley.

—Y ¿cómo sabré yo hacer su voluntad por mucho que lo desee, si jamás me ha dicho lo que quiere que haga, si nunca le he visto ni he oído su voz?

—Cumpliendo sus santos mandamientos, que yo te explicaré tambien.

—¿Y nada más?

—Los padres, hija mía, son la imagen del Señor sobre la tierra; obedécelos, Luisa mía, sin replicar nunca, obedécelos de buena gana y así harás la voluntad de Dios en este mundo como la hacen los ángeles en el cielo.

IV.

EL ÁNGEL DE LA GUARDA.

—Dime, mamá, ¿son los ángeles muy hermosos?

—Sí, hija mía, tan hermosos, que merecen estar siempre ante el trono de la Virgen alabándola y bendiciéndola con sus dulces cantares.

—Y qué más hacen?

—Librarnos del mal y guiarnos por el camino del bien.

—De veras?

—¿Pues acaso no sabes que tienes uno para custodiarte?

—¿El ángel de mi guarda?

—Sí. Cuando nacemos, Dios que quiere en todo nuestro bien, destina uno de sus ángeles para que esté siempre á nuestro lado mirando nuestras acciones.

—¿Y las vé todas?

—¡Oh! todas: cuando son buenas sonríe lleno de alegría, y cuando son malas se entristece y suspira al dar cuenta de ellas al Señor!

—¿Luego el ángel de mi guarda le dice todo cuanto hago á Dios y á la Virgen?

—Y no solo cuanto haces, sino cuanto dices y piensas.

—¿Y cómo puede acordarse?

—Por que tiene un libro donde vá escribiéndolo. Cuando eres obediente, cuando rezas bien, y sobre todo cuando das una limosna, hace las letras con el oro de sus alas y con las rosas de su frente, y cuando eres terca, soberbia ó desaplicada, el ángel llora, y entonces escribe con lágrimas.

V.

EL PAN NUESTRO.

—¿Quiere V. que siga rezando, mamá?

—Sí, hija mía, sí; y sobre todo deseo que atiendas bien á lo que yo te digo.

—*El pan nuestro de cada día dánosle hoy...*

—Bien, eso es: pero al repetir todos los días esas palabras, ¿qué te ha ocurrido pensar, Luisita?

—¿A mí...? nada, mamá, nada más que decirlas.

—Pues escucha: Dios, como padre amoroso ha previsto todas nuestras necesidades, más aún, por que en este mundo no solo hay lo necesario para el hombre, sino tambien hay mil cosas para recrearle y distraerle.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(Continuad.)

IMP. DE LA MADRE DE FAMILIA.—DARRO 15.